

Ae. Esp.
II - 125

ACADEMIA ESPAÑOLA

LA BREVEDAD DE LA VIDA EN NUESTRA POESIA LIRICA

DISCURSO LEIDO POR EL
EXCMO. SR. D. RAMIRO DE MAEZTU
EN EL ACTO DE SU RECEPCION



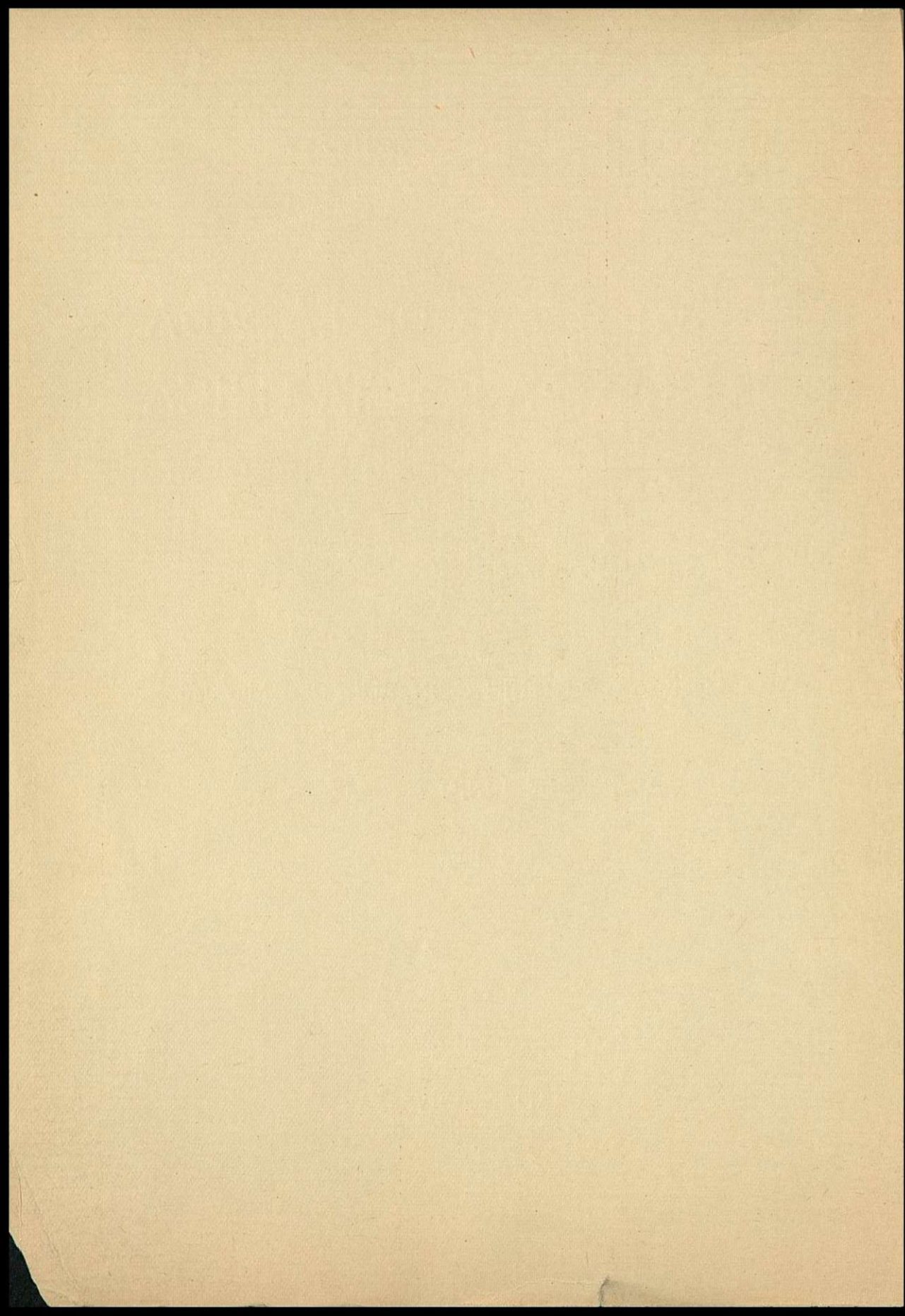
CONTESTACION DEL
ILMO. SR. D. AGUSTIN GONZALEZ DE AMEZUA



30 DE JUNIO DE 1935



MADRID
GRAFICA UNIVERSAL
EVARISTO SAN MIGUEL, 8



LA BREVEDAD DE LA VIDA EN NUESTRA POESIA LIRICA

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. RAMIRO DE MAEZTU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

R 41011

ACADEMIA ESPAÑOLA

LA BREVEDAD DE LA VIDA EN NUESTRA POESIA LIRICA

DISCURSO LEIDO POR EL
EXCMO. SR. D. RAMIRO DE MAEZTU
EN EL ACTO DE SU RECEPCION



CONTESTACION DEL
ILMO. SR. D. AGUSTIN GONZALEZ DE AMEZUA



30 DE JUNIO DE 1935



MADRID
GRAFICA UNIVERSAL
EVARISTO SAN MIGUEL, 8

LA REVISTA DE LA VIDA
Y LA LITERATURA POR SU RITMO

REVISTA DE LA VIDA
Y LA LITERATURA POR SU RITMO

REVISTA DE LA VIDA
Y LA LITERATURA POR SU RITMO

SEÑORES ACADEMICOS:

LA vida de mi ilustre predecesor, D. Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza, puede dividirse, *grosso modo*, en dos períodos: el dedicado a la literatura y a las investigaciones históricas y filológicas, que se extiende desde 1880, cuando don Cipriano se doctora en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, hasta el final del siglo; y el consagrado al silencio afanoso de sus tareas diplomáticas, que le ocuparon, con breves interrupciones, las tres primeras décadas de la nueva centuria, hasta que el cambio en la nueva forma de Gobierno le hace recogerse en el retiro, a donde la muerte fué a buscarle.

La primera parte de su vida la dedica el Conde a la reivindicación de los valores de su región aragonesa o de su patria española. Su primer libro tiene por tema «Goya; su tiempo, su vida, sus obras». La mayor parte de los trabajos que lo integran se habían publicado en la «Revista Contemporánea», en 1882. Se trata de una obra de extrema juventud, y, con todo, ya se

hace en ella justicia al genio dramático de Goya, a la riqueza de su paleta, al vuelo de su fantasía, a su perspicacia de costumbrista y aun a la influencia que ejercieron en su arte la revolución francesa y los horrores de la guerra napoleónica, y aunque posteriormente se hayan escrito libros más completos sobre Goya, pero nunca el que nos facilite el acceso a las honduras de su genio, ni siquiera el que muestre en el pintor de Fuentetodos al artista que mejor expresa los cambios sufridos por el mundo, al pasar de las dulzuras del antiguo régimen a los espantos e incertidumbres de la revolución, la obra del Conde de la Viñaza ha de considerarse como uno de los primeros intentos españoles de justipreciar la figura de un artista, que gozó en su larga vida la reputación de ser el mejor de su tiempo, pero a quien la escuela española, que admiraba algunos aspectos de su obra, tuvo que volver la espalda, por lo menos a sus mejores cuadros y grabados, porque la brusquedad y veracidad inexorables de las obras más grandes de Goya hubieran resultado incompatibles con las exigencias de la moda en el curso del siglo XIX y acaso seguirían siéndolo ahora mismo.

El libro sobre Goya vió la estampa en 1887. Le siguieron en sucesión rápida las ediciones de las obras inéditas de los Argensolas, empezando por la de las sátiras y siguiendo años después por las tres tragedias de Lupercio y numerosas obras sueltas de los dos hermanos, gracias a las cuales podemos formarnos idea más completa de los insignes aragoneses, de su espíritu ho-

raciano y de la gran dignidad de su prosa. Entre las dos ediciones que hizo de las obras desconocidas de los Argensolas, publicó el estudio crítico de otro gran aragonés: el poeta Prudencio, el más inspirado de los vates cristianos de la antigüedad.

A estos trabajos siguen las grandes labores eruditas del Conde: la «Bibliografía de las lenguas indígenas de América», premiado por la Biblioteca Nacional e impreso por el Estado en 1892; la Memoria sobre los «Escritos de los españoles y portugueses referentes a las lenguas de China y el Japón», para el Congreso de orientistas de Lisboa, del mismo año; la «Biblioteca histórica de la filología castellana», premiada por voto unánime de la Real Academia Española y publicada a sus expensas, de 1893, y las «Adiciones al Diccionario de Bellas Artes de España, de Cean Bermúdez», cuatro tomos, publicados en 1894. Al año siguiente ingresó en la Academia de la Lengua con un discurso sobre la poesía satírico política en España, leído el 16 de junio, que fué contestado por D. Alejandro Pidal. Entretanto había sido dos veces diputado por Egea de los Caballeros, pero a partir de esta última fecha, en que fué nombrado Ministro plenipotenciario en Bruselas el 15 de julio, empezó a reducirse la producción literaria del Conde, que ya no interrumpió su silencio sino para leer su discurso sobre «Los cronistas de Aragón», al ingresar en 1904 en la Academia de la Historia, en sesión presidida por Don Alfonso XIII, y para conmemorar el Centenario de la edi-

ción del «Quijote» en Lisboa, donde era Ministro plenipotenciario, con un discurso sobre «Portugal y Cervantes», que fué leído en la Real Academia de Ciencias en sesión presidida por el Rey Don Carlos.

Son cualidades de estas obras el patriotismo, en primer término, regional y nacional, que le hacen buscar para tema de sus trabajos los grandes aragoneses, como Goya, los Argensolas, Prudencio y los cronistas del glorioso Reino y fijarse certeramente en los trabajos de los misioneros en el Oriente y en América, en las obras de arte y en el idioma castellano, como las más altas expresiones del genio nacional; pero, también, la conciencia, la escrupulosidad, la veracidad de su trabajo. No quiere hablar al aire. Es un amigo de los libros, que ha de documentarse para cuanto dice. Su investigación podrá ser incompleta; toda investigación ha de serlo, porque mientras la verdad es absoluta y se rige por la categoría de ser o no ser, el conocimiento es relativo, gradual, y sólo se mide por el más y el menos. Otra cualidad relevante en el Conde de la Viñaza es la fidelidad con que refleja el espíritu de su tiempo. Durante los años de la Restauración y la Regencia creyeron posible los españoles conciliar sin dificultades el espíritu de tradición con el de progreso y los hombres representativos eran al mismo tiempo patriotas, liberales y católicos. En aquel optimismo les sorprendieron las guerras coloniales y a partir de 1898 empezaron a separarse los caminos, hasta que los españoles nos encontramos divididos en dos campos, sin

esperanza, por ahora, de que se descubra el terreno neutral donde la convivencia sea menos penosa.

Es, por tanto, gran pena que la vida diplomática hiciera suspender las ocupaciones literarias del Conde de la Viñaza. Con ello nos privó de los frutos de su madurez espiritual, experiencia del mundo y superior cultura. Pero creo que con ese silencio dió otra muestra de su talento y capacidades, porque los altos cargos diplomáticos son celosos de las actividades de sus ocupantes y no toleran que se dediquen a otras aficiones. Estoy por decir que son todavía más celosos los de naciones cuya política internacional es menos intensa, porque allí donde los Embajadores intervienen en la preparación de alianzas y de tratados importantes, las gentes no reparan sino en la política que están realizando, pero aquellos otros diplomáticos de países obligados a retraerse de los afanes de la alta política y a dejar pasar el tiempo, a fin de que sus pueblos puedan recobrar en la paz y en el retiro las fuerzas necesarias para actuar como sujetos en la historia, hacen que la atención, que debiera fijarse en su política, se concentre en sus recepciones, en sus dichos, en sus comidas, en sus descuidos protocolarios, en las mil naderías de la vida elegante y en sus códigos complicados, que son las redes en las que caen y vienen a ser presa los diplomáticos de países sin política, como no pongan los cinco sentidos en sortearlas y en vigilar los propios actos, y aun las propias palabras, para no hacer y decir sino lo

necesario y para no dejar de hacerlo o de decirlo cuando fuere oportuno y hasta inevitable.

Que el sacrificio de sus amores literarios no fué inútil lo demuestran los grandes honores que recibió el Conde de la Viñaza como Ministro y como Embajador, lo mismo de los Gobiernos de los pueblos en donde estaba acreditado que del suyo propio. Poseía el Collar de Carlos III y la Gran Cruz de San Mauricio y San Lázaro, la Gran Cruz de Pío IX y la de San Alejandro Newsky, la de Leopoldo de Austria y la de Villaviciosa de Portugal, la de San Gregorio el Grande y la de San Alejandro de Bulgaria... La muerte no se detuvo ante sus grandes dignidades. «Pallida mors aequo pulsat»... Esto lo aprendíamos con el latín del Instituto. «Mors omnibus communis»... No hay lugar común más extendido entre los proverbios de todos los idiomas. Tenemos que morir. La muerte no respeta jerarquías. Ya lo sabemos. No hace falta que se nos repita. Pero lo que no es un lugar común, lo que es un fenómeno único en la literatura universal, es el hecho de que este lugar común haya inspirado en la poesía castellana las mejores composiciones. Ello no sucede, que yo sepa, en ninguna otra de las literaturas modernas. Y a este hecho singular se ha de consagrar este discurso, que no comienzo sino embargado de temor reverente, porque el honor más alto que puede recibir un escritor es el verse admitido en esta ilustre casa de la Academia Española, y como en el origen de la vida espiritual está la poesía y «En el principio era el Verbo,

y el Verbo era en Dios», no encuentro tema que mejor exprese mi gratitud hacia esta Corporación que hablar de los versos que cantan en la memoria de todos sus miembros y de todos los hombres cultos de nuestra habla.

Ya en los comienzos del siglo XV nos encontramos el «Dezir» de Ferrant Sánchez Talavera, que pasaría por ser una de las mejores composiciones de la Edad Media si no invitara, y aun provocara, la comparación con las coplas de Manrique.

Pues, do los imperios e do los poderes.
rreynos, rrentas e los señoríos,
a do los orgullos, las famas e brios,
a do las empresas, a do los traheres?
A do las çiençias, a do los saberes,
a do los maestros de la poetria;
a do los rrymares de grant maestría,
a do los cantares, a do los tañeres?

Las coplas de Manrique no son únicamente la flor de nuestra lírica, sino un acontecimiento histórico. Que la víspera de hacerse nuestra unidad nacional, que la antevíspera de descubrirse el Continente donde había de establecerse nuestro imperio ultramarino, que en el momento mismo de transformarse nuestro romance en una de las grandes hablas de la cultura, apareciese un poema de perfección nunca igualada, en el que se dijera que los imperios y ejércitos y riquezas, y los Infantes de Aragón y «tanta invención como trajeron» y

«las músicas acordadas que tañían», no son sino bienes efímeros, «verduras de las eras», «rocíos de los prados», tenía que ejercer influencia imborrable no sólo sobre los poetas, sino sobre cuantos hombres habían de dirigir en siglos posteriores nuestros poderes temporales y espirituales, al punto de que nunca llegaron a considerar nuestro imperio y cultura como bienes definitivos y finales, sino más bien como medios para alcanzar «el vivir, que es perdurable», cantado por Manrique, por lo que, en rigor, este estudio ha debido extenderse a todas nuestras instituciones y modalidades del espíritu, porque en todas es sensible la huella que ha dejado la creencia en la transitoriedad de nuestros bienes mundanales, y si lo limitamos a la poesía lírica no es sólo por la necesidad de expresar nuestro pensamiento en una hora, sino porque la lírica viene a ser como el elemento común y primario de todas las artes y, aunque sea inagotable la complejidad que puede encontrarse en cualquier verso, porque en él se funden las artes plásticas y la música, la Naturaleza y el alma humana, el pensamiento y la palabra, el ideal y la realidad, no es menos cierto que la «liricita», el lirismo, es lo que hay de común en todas las artes y en la esencia misma de la vida, porque casi se confunde con la espiritualidad del afecto amoroso.

De las coplas de Manrique se ha dicho, no sin cierta disimulada hostilidad, que no se componen sino de un rosario de lugares comunes, y es que el poeta, en efecto, no ha querido decirnos nada que no supiéramos.

mos por adelantado. Su pensamiento es sencillo, porque sabe que es común a todo el mundo. Las palabras en que se expresa son tan vulgares y corrientes que parecen surgir espontáneamente de los labios. El estilo, en cambio, está muy trabajado, pero no al objeto de elevarlo sobre el ordinario nivel, sino, al contrario, para producir la ilusión de la facilidad absoluta, como si el poeta no dijera sino lo que ya tienen en la punta de la lengua su lector o su oyente. No quieren las coplas que pensemos en Jorge Manrique, ni en el dolor que lloran, ni siquiera pretenden que evoquemos nuestros propios dolores, como no sea para buscar consuelo, al alzarlos al plano del dolor universal, que está en la naturaleza de las cosas. Pero al mismo tiempo nos presentan un lenguaje tan acabado y musical, que cada palabra está pensada para armonizar mejor que ninguna otra con las que la preceden o la siguen, y no es ya extraño que haya ejercido este poema tan grande influencia sobre todos los poetas sucesivos. Es una obra maestra. El mismo tema lo había tratado poco antes Gómez Manrique, y hasta con imágenes que recuerdan las de Jorge, porque dice de los vicios y bienes y honores de la vida: «pásanse como frescuras de las flores»; pero las coplas de Gómez Manrique son mera tentativa si con las de Jorge se comparan. Lo mismo puede decirse de cuantas Danzas de la Muerte se compusieron en las diversas lenguas europeas durante la Edad Media, porque, anteriores a la madurez de las hablas modernas, se encuentran forzosamente a medio hacer.

Lo mismo de la famosa balada de Villon sobre las damas de otro tiempo: Tais, Eloísa, Juana de Arco. El poeta se pregunta dónde se hallan, y se contesta con la línea tan celebrada: «¿Dónde están las nieves de antaño?» (*Mais où sont les neiges d'antan?*). Pero esto es el acierto de una sola frase, mientras que en cada una de las endechas de Manrique se encuentra una piedra preciosa de más quilates, al punto que parece imposible que se logre tanta perfección por otro medio que la paciente y sabia eliminación de cuanto en las primeras redacciones pareciera pedante o literario, al objeto de no dejar en las coplas más que el sentimiento inicial, pero en su desnudez y en su delicadeza depuradas. El hecho es que no ha habido poeta de mayor influencia sobre sus colegas. A partir de las coplas, no hay vate español que, al cruzarse en su camino con el tema del gran rasero de la muerte, no lo sienta vibrar en la caja de resonancia de su religión, sus recuerdos literarios, su propia vida y la historia de su patria. Es tema apropiado para suscitar los sentimientos más profundos. Cuenta, por adelantado, con la simpatía de su lector o de su oyente, porque se trata de un afecto universal. Verdad que esta misma universalidad requiere que se exprese con dignidad y sencillez, pero estas dos virtudes sólo se llegan a unir en la grandeza.

Puede hallarse en Boscán:

No es perpetuo el placer, ni lo es el llanto.

Seguramente se encuentra en Cristóbal de Castillejo:

A las tierras de Madrid
hemos de ir;
todos hemos de morir.

Es verdad que Garcilaso da al tema de la muerte la interpretación horaciana, el *carpe diem*, aprovéchate de la ocasión antes de que sea tarde, y que se anticipa a Ronsard, en toda una generación, para decirnos:

Coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

Los versos más celebrados de Santa Teresa parecen dar por conocidos los de Manrique y seguir adelante. Así cuando comenta aquellos otros que rezan:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero,

como cuando puede exclamar triunfalmente:

Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear
sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?

Este es el anverso de la medalla. El alma se concentra en el «vivir, que es perdurable», por lo mismo que está persuadida de la fugacidad de los bienes temporales. Tampoco en Montemayor falta el eco de Manrique:

Pasados contentamientos,
¿qué queréis?
dejadme, no me canséis.

Fray Luis de León no se fatiga de expresar el menosprecio que la vida mundana le inspira:

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo?

escribe a Ruiz de la Torre; y al salir de la cárcel:

Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado.

Pero es en la «Noche serena», la más alta de sus composiciones, la más sublime acaso de toda nuestra lírica, donde se precisa le reminiscencia de las coplas:

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado,
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
las almas inmortales
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombra, y sólo engaño?

Es la misma idea central de Manrique. El alma está dormida cuando sólo se apega a bienes temporales y es misión del poeta despertarla. Característico del singular genio de Cervantes es que no se encuentre el tema de Manrique entre sus poesías numerosas. Todavía en San Juan de la Cruz puede percibirse como un eco suavísimo de las coplas, aunque en él, como en Fray Luis, en Santa Teresa y en todos los místicos se encuentre superado el dolor de la muerte en el goce de la vía unitiva. La «Epístola moral», en cambio, parece escrita para rivalizar con el poema de Manrique. Se encuentran en ella las mismas imágenes:

Como los ríos que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado...
...¿Qué es nuestra vida más que un breve día?
¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde?

Quizá no tengamos otra composición con tantas líneas felices y aun perfectas:

Fabio las esperanzas cortesanas
prisiones son, do el ambicioso muere...
...¡Más quiere el ruseñor su pobre nido...
...augur de los semblantes del privado!...
¿De la pasada edad, qué me ha quedado...
...el otoño pasó con sus racimos...
...Un ángulo me basta entre mis lares...
...que gárrula y sonora por las cañas!...
...¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio, la virtud, o menos fuerte?
...La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas...

Y aún pudieran citarse otras tantas. Que no sepamos a punto fijo el nombre de este gran poeta, que no se cuidara de decírnoslo, demuestra ser verdad lo que nos dijo al asegurarnos que le bastaba con un ángulo para vivir contento. A veces los sentimientos de esta «Epístola» no parecen compadecerse con las obligaciones de un gran pueblo imperial, como era la España de aquel tiempo. Parece que los españoles de entonces no habían nacido para renunciar a toda ambición y vegetar olvidados en algún paraje desconocido. Y hasta se puede observar con amargura que si los sentimientos de esta «Epístola» se apoderaron de las almas españolas no es ya extraño que la nación se haya ido retirando poco a poco de todas las tierras del planeta. Pero en la misma «Epístola» nos pide el autor que no creamos

que pongo la virtud en ejercicio;

también nos asegura que sólo se trata de un principiante en las disciplinas de la ascética:

basta al que empieza aborrecer el vicio.

El poema es, probablemente, hijo de conversión reciente. No me sorprendería que resultara ser la obra de un soldado que, después de una vida de acción y de aventura, sintiera el llamamiento de lo alto. Así, al menos, parecen indicarlo los versos finales:

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto, simple, amé; rompí los lazos...

Así también se entienden mejor aquellos otros:

¿Piensas acaso tú que fué criado
el varón para el rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra?...

A partir de la «Epístola moral», puede decirse que no hay poeta de nuestra habla que no consagre a este tema de la muerte y de la transitoriedad de los bienes terrenales, alguna, por lo menos, de la más celebrada de sus obras. Los sonetos más famosos de los Argensolas son el que empieza:

Imagen espantosa de la muerte.

Y el que acaba:

¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las lamas?

Según el de Lupercio, es la muerte la que ha de castigar al tirano y al avaro. Según el de Bartolomé, hay que pasar por ella para encontrar, con la justicia, el centro de las almas.

El tumulto de la vida de Lope parece incompatible con el recogimiento de la poesía de carácter ascético, pero las tres composiciones más populares suyas son de ese tipo. En el soneto que empieza:

Pastor que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño...

el pensamiento es el mismo de Manrique y de Fray Luis.

Es la contemplación de lo eterno lo que despierta el alma de su sueño. El romance famoso:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo...

aparta con una mano cuanto en la vida es ruido, disputa, nombradía, para poner los ojos en una existencia recoleta. Y la

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota!.....

es la vida, su vida, la de todos. Lope no quiere el mar, y el mar es como el fondo de la vida.

Rodrigo Caro debe su fama de poeta a haber expresado el mismo sentimiento en su «Canto a las ruinas de Itálica»: Los campos de soledad:

Fueron un tiempo Itálica famosa;

Junto a este anfiteatro despedazado, que el «amarillo jaramago» está afrentando, nació

Pío, felice, triunfador Trajano
ante quien muda se postró la tierra.

y allí también

rodaron de marfil y oro las cunas

de Adriano, de Teodosio y de Silio. ¿Qué se hizo de todo ello?:

Casas, jardines, Césares murieron
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Así pasaron la Roma de los dioses y los reyes y la sabia Atenas, la de las leyes justas.

Quevedo no aparta de la mente esta idea. Roma está en ruinas, escribe; es toda una tumba. De la Roma antigua no queda sino el Tíber:

Huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Otro soneto empieza:

Todo tras sí lo lleva el año breve.

Otro termina así:

¡Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución, con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana!

Y otro acaba, desolación de desolaciones:

Vencida de la edad sentí la espada
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

En una de las líneas más felices de nuestra lírica, dice Mira de Mescua de su fortuna que es:

Breve bien, fácil viento, leve espuma.

El dulce Rioja y el grave Calderón lloran en las rosas efímeras el destino del hombre:

¿Cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?

pregunta Rioja, y Calderón contesta:

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana
a la tarde serán lástima vana.

Sólo que este sentimiento es todo Calderón, y no una sola de sus composiciones. En torno suyo siente que el poderío español va de caída. Es una sombra, casi una ficción, tal vez un sueño. Las dinastías se extinguen. los imperios se derrumban, las glorias se marchitan, pero el bien, la conciencia moral y la buena voluntad son oro y diamante y roca viva, que desafían el tiempo. Este me parece ser el pensamiento central de todo Calderón, que es el Jorge Manrique del drama y del teatro. Es posible que no esté en nuestras manos mantener indefinidamente la posición política de España en el mundo, pero lo que podemos y debemos hacer los españoles es seguir siendo honrados y decentes. Esta es la última conclusión calderoniana, y con este pensamiento se despidе nuestra patria de su pompa imperial.

En la aridez del siglo XVIII, porque las poesías de

Sor Juana Inés de la Cruz no se publican sino en 1725, vienen de América a la madre patria los ecos de su viejo sentir. La monjita mejicana escribe de su retrato que:

Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Al transcurrir el siglo de la Ilustración y resurgir la vena lírica, vuelve Jovellanos sobre el tema de la «Epístola moral», y al ver sucederse en el Páular a la belleza primaveral los ardores y sequedades del estío y del otoño, exclama el poeta:

¡Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!

... ¡Ah dichoso el mortal de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión!...

Es característica del romanticismo la hinchazón del yo humano, por lo mismo que no se siente ya amparado, recogido y contenido por la mano de Dios. En su ansia de vida, de renombre, de placer y de poderío, lo desafía todo: leyes humanas y divinas, tradiciones y costumbres y hasta la misma muerte. Pero los románticos de España y de los pueblos hispánicos vienen a decir lo mismo, con su tumulto e ímpetu, que habían dicho respecto de nuestro tema, pero con su profunda sencillez, los poetas clásicos. Es verdad que, en vez de los ríos caudales y silenciosos de Manrique, nos encontramos con el estruendo abrumador del Niágara, de

Heredia. El poeta hace un esfuerzo desesperado por salvar, ante el hórrido abismo que devora las aguas, la espuma de la gloria, y pide al cielo que:

Al escuchar los ecos de mi fama
alcen las nubes la radiosa frente.

Pero el pensamiento central no es distinto del que cantó Manrique:

Miro tus aguas que incansables corren,
como el largo torrente de los siglos
rueda en la eternidad: así del hombre
pasan volando los floridos días
y despierta el dolor...

Los poetas románticos, por ser, como son, naturalistas, no debieran buscar en la muerte ninguna clase de enseñanzas, sino contentarse con ver en ella el término natural y normal de la vida. Es posible ver en esta idea la que inspiró el «Himno al Sol», de Espronceda, que es la composición de nuestro gran romántico que suelen preferir las antologías. Con todo su poderío y larga vida, tampoco el sol es inmortal:

No; que también la muerte
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.

Y a la postre:

Ni aun quedará reliquia de tu lumbre.

Pero no es ese el pensamiento de Espronceda. El sol es grande y amable y duradero, y ve, tranquilo, desplomarse los Imperios como si fueran hojas secas y se alza triunfante sobre las edades. Por eso le han adorado muchos pueblos. No así nuestro poeta, que, en el fondo, es un católico español, que no puede creer en la eternidad de la materia. Y por eso condena al mismo sol a perecer el día que disponga el Padre Soberano, y aunque esta composición no nos deja el alma satisfecha y en calma, como las coplas de Manrique, o la «Epístola moral», sino encabritada y como dispuesta a la pelea, porque el alma romántica, que aspira a parar el sol para ser escuchada, no se satisface ni con su apagamiento; lo que el poeta dice no es distinto de lo que nos habían dicho sus grandes abuelos españoles, como se demuestra en la más popular de sus composiciones, que es el «Canto a Teresa», de la que no he de citar ahora verso alguno, porque he de hacerlo luego. De otra parte, son ya tantos los versos que voy recordando y tan conocidos todos ellos, que he de abreviar la documentación y limitarla a lo más indispensable.

Zorrilla es más dramático que lírico y más florido que profundo. Y, con todo, no es extraño al sentir de la raza:

Susurra el péndulo: «¡Nunca,
¡Nunca! ¡Nunca!», vuelve a ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué.

La más popular de las composiciones de Bécquer es la que empieza:

Volverán las oscuras golondrinas...

Es siempre el curso inexorable del tiempo y de la vida lo que inspira al poeta, porque aquellas otras aves que refrenaban el vuelo:

Tu hermosura y mi dicha al contemplar.
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
esas no volverán...

No falta la vieja nota hispana en la fuente cantarina de la gran Rosalía de Castro:

Hora tras hora, día tras día,
entre el cielo y la tierra que quedan
eternos vigías,
como torrente que se despeña
pasa la vida.

Y no es esto lo peor, sino que:

De la vida en el múltiple conjunto de los seres,
no, no busquéis la imagen de la eterna belleza...

En esta idea se inspira el «Idilio», de Núñez de Arce:

¡Oh recuerdos, encantos y alegrías
de los pasados días!

La conciencia del tiempo que pasa y de la muerte que viene no abandona apenas nunca a Campoamor:

¡Qué vano es nuestro destino,
santo Dios!...
...La tumba todo lo traga,
sólo de tragarse deja
la virtud.

Ya hemos llegado a nuestro tiempo, en que ha sido tan grande o mayor la influencia de los poetas hispano-americanos que la de los nuestros. Pero lo que nos dicen es lo mismo que nosotros les habíamos dicho. José Asunción Silva es el poeta del «Día de Difuntos». ¿Qué oye en las campanas que tocan a muerto?:

Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal...

Lo mismo nos dice Amado Nervo, el mejicano:

Hay que andar por el camino
posando apenas los pies;
hay que ir por este mundo
como quien no va por él...
...Serena tu espíritu, vive
tu vida en paz.
Si sólo eres sombra que traga
la eternidad,
¿por qué te torturas, por qué
sufrir, llorar?

Finalmente, Rubén Darío, el renovador de nuestra lírica, trató el viejo tema muchas veces y con diverso espíritu. Los alemanes suelen jactarse de ser el país del «devenir», por contraste con los franceses, que se imaginan son el pueblo del ser. Pues dudo mucho, después de leer las diversas antologías de versos alemanes, que el «todo fluye» heraclitiano lo haya expresado mejor que Rubén ningún poeta germánico. Es en la «Lira póstuma» donde están estas ocho líneas:

Un día estaba yo triste, muy tristemente,
viendo cómo caía el agua de una fuente;
era la noche dulce y argentina. Lloraba
la noche. Suspiraba la noche. Sollozaba
la noche. Y el crepúsculo en su suave amatista,
diluía la lágrima de un misterioso artista.
Y ese artista era yo, misterioso y gimiente,
que mezclaba mi alma al chorro de la fuente.

Esos versos son puro «devenir», sin reacción alguna. El poeta llora, pero su llanto no es dolor, sino vida. Una de las dos grandes reacciones posibles ante la muerte, el «carpe diem» horaciano, el «aprovéchate de la hora, antes que sea tarde», la epicúrea, la de Omar Kayyám, la de Ronsard, la de Shakespeare, la había expresado en su magnífico «Poema del otoño»:

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza
y después se tornará en
polvo y ceniza.
Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;

gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

... ..

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.
En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

Pero es que la otra gran reacción humana ante la idea de la muerte, la máxima, la ascética, la española, la de las coplas de Manrique, la de «Epístola moral», la había exprimido ya Rubén en sus «Cantos de vida y de esperanza», en la «Canción de otoño en primavera»:

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!
Mas a pesar del tiempo terco
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...
¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro;
y a veces lloro sin querer...
¡Mas es mía el alba de oro!

Estos son los versos más felices de Rubén, también los más presentes a todas las memorias, con excepción de las estrofas de la «Sonatina»; desde luego, los más

dignos del homenaje universal. Hay en ellos un fondo de epicureísmo, porque Rubén no iba a cambiar de naturaleza al hacernos la confesión suprema de su alma. Los ojos se le van, indudablemente, detrás de los bienes que se le escapan. Pero los bienes no son bienes sin mezcla. Los rosas no son únicamente flores, sino que tienen espinas dolorosas. El poeta ha sangrado a su contacto. Por eso dice que la vida es dura. Tiene sus rosas, pero es dura, y, de añadidura, se nos va. «¡Juventud, divino tesoro!» Tres palabras que unió Rubén por vez primera, en un verso que nunca ya se borrará de nuestra lengua.

Solo que la composición termina en una línea al parecer extraña: «¡Mas es mía el alba de oro!» Señores académicos: ¿qué está aquí haciendo esta profesión de esperanza y de fe? Todo se va: los amores, la juventud, la vida y hasta el llanto; todo se va. El poeta se conduele de ello y en el instante mismo de condolerse afirma su alba de oro. ¿Con qué derecho? ¿De dónde saca su esperanza? Preguntas difíciles de contestar para hombre que vivió y escribió con tanto atropello como Rubén Darío. Pero ahí está la frase. En el momento mismo de hacer el inventario de las voluptuosidades de su vida y de despedirse apasionadamente de ellas, en el instante en que su espíritu se desprende de los bienes del mundo, el poeta se afirma a sí mismo, y por encima de todo amorío, por encima de la juventud y de la vida, nos asegura que es suya el alba de oro. Pues bien: esto

es, precisamente, lo que nos habían dicho las coplas de Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando...

El alma se despierta y el seso se aviva al contemplar el fluir de la vida y el acercarse fatal de la muerte. Y es que siente entonces que hay algo en ella que no se deja llevar del curso de la vida. Cuando el poeta nos dice, ante la juventud desvanecida, que es suya el alba de oro, es que se ha arrancado al flujo de las cosas y colocado a la orilla del río, para mirar desde fuera el curso de las aguas. Todo se va, todo fluye, todo pasa, pero sin la idea de lo que no pasa el alma de Rubén se disolvería en el agua del río, que es como mueren, sin saber que mueren, los seres sin conciencia. Y no se disuelve. Al contrario, se siente a sí misma, como distinta de todo lo que pasa a ser pretérito. Por eso es suya el alba de oro, por la que no se entiende la inmortalidad de la gloria literaria, sino la otra, la verdadera, sentida vivamente en un instante, aunque sólo vislumbrada por contraste y como en un enigma.

No encuentro nada semejante en las demás literaturas modernas. En las antologías alemanas que he leído no hallo más que un poeta del siglo XVII, Andrés Gryphius, al que la transitoriedad de los bienes del mundo

haga levantar los ojos hacia el cielo, y Gryphius era casi un español por la melancolía, la profundidad, la aspereza y aun el senequismo con que le caracterizan los historiadores. Aunque muy respetado, no se le considera, sin embargo, como uno de los grandes poetas de Alemania. La lírica alemana, en general, rehuye el tema de la muerte o no se siente inspirada por él. Parece asentir al dístico de Hebbel: «No quieras ver demasiado; que si percibes primero los muertos en la tierra, ya no verás las flores», o convenir con el Teorema LXVII de Spinoza en que: «El hombre libre no piensa en nada menos que en la muerte y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». No digo con ello que no sientan los alemanes la misma punzada que los demás hombres ante la idea de la muerte; lo que no hacen es considerarla como «catharsis» o purificación, y, por ello, clarificación de los sentimientos.

Para Gleim la muerte es una liberación, en un poema; en otro, un incentivo para no desaprovechar, en tanto que florezcan, las rosas de la vida. Esto mismo es para Höltz. Para Goethe es el fondo en donde se realzan los encantos de la vida. Hay noches en las alturas de los montes donde todo es silencio. No se percibe ni un aliento. Hasta los pájaros están callados en el bosque. «Espera entonces: pronto también descansarás». (*Warte nur, balde-rubest du auch*). Schiller, al contrario de Manrique, percibe en la muerte la diferencia de los funerales. Cuando muere el héroe lloran

hasta los dioses; pero el vulgo baja a la tumba a la sordina. Hölderlin no ve en la muerte sino un misterio escalofriante, del que no sabe ni siquiera si nos llevará al país de la verdad, después de las tinieblas de la noche. Este mismo horror, exento de toda iluminación moral, lo canta Heine en algunos de sus versos últimos: «¡Oh Dios! cuán odioso y amargo es morir!— ¡Oh Dios! ¡cuán dulce y cordialmente se deja uno vivir—En este dulce y cordial nido de la tierra!». Por azar se encuentra entre las poesías del siglo XIX una en que Liliencron ha leído en el reloj de sol de un antiguo jardín una inscripción latina: «*Una ex hisce morieris*» (Morirás una de estas horas). El poeta ve pasar una gran procesión que celebra el triunfo de una reina, joven maravillosa de belleza, rodeada de pajes, de caballeros y de damas, todos alegres y felices. De pronto surge una flecha del bosque de abetos y viene a dar al corazón de la reina. Aquí parece resucitar Manrique, pero he leído también otra antología de versos de la guerra y de los primeros años de la postguerra, con el significativo título de «Ocaso de la Humanidad», en que no se habla en todo el volumen sino de agonías y de dolores, de caídas y de gritos, pero donde la muerte no dice nada más que las penas que la cercan y donde no brilla la menor esperanza religiosa. La ilusión de uno de sus poetas es hallarse en los cielos y encontrarse con que sus dioses están muertos.

La lírica inglesa no sería la más rica del mundo si no

contuviera también nuestra reacción ascética ante la idea de la muerte. Ya en tiempos de Manrique el temor de morir conturbaba a Dunbar. Un siglo después, los estragos de la peste hacen cantar a Nashe las incertidumbres de este mundo y a pedirle misericordia a Dios. Al comienzo del siglo XVII las tumbas gloriosas de la Abadía de Westminster hacen pensar a Beaumont que también mueren los grandes de la tierra. Una generación más tarde repite el mismo pensamiento Shirley, y llama a la muerte «la niveladora». Pero, ¿quiénes son Dunbar y Nashe, Beaumont y Shirley para representar la poesía inglesa? Sus grandes vates o vuelven enteramente las espaldas al pensamiento de la muerte o niegan su existencia, para decirnos, como Donne, que después de ella la muerte misma se habrá muerto o para asegurarnos, como Milton, demasiado de prisa, que la muerte no es sino la puerta de la inmortalidad o para desafiarla, como alguna vez la reta Shakespeare, seguro de que, muerta su amada, aún brillará su amor en tinta negra, y como Browning, y Donne tres siglos antes, que quieren salir de este mundo mirando la muerte cara a cara, pero más a menudo se la considera como un hecho, que reduce los demás a la insignificancia, pues al pensar en ella, dice Keats, «hasta el amor y la gloria se convierten en nada», que es lo mismo que nuestro pueblo repite en el cantar:

Cada vez que considero
que me tengo que morir,
tiendo la capa en el suelo
y me *jarro* de dormir.

Ya Herrick observaba que el rubí de la oreja de una mujer hermosa seguirá siendo rubí cuando ella se haya muerto. Shakespeare había glosado esta idea. Entre los modernos se duele Thomas Hood de no saber si habrá siquiera «resurrección en el recuerdo de los hombres»; Watson, de ignorar si detrás de la muerte no alumbra un día nuevo. El mayor poema de Tennyson: «In memoriam», es una meditación sobre la muerte. Su generación lo comparó al «Canzoniere», del Petrarca, y a los sonetos de Shakespeare. Es poema en que se entretienen los temas de su tiempo, superficial en la fe, profundo en la duda, con algunos versos tan perfectos que se los saben de memoria los ingleses educados; y el conjunto se redime y eleva por el espíritu de amor, pero la idea central se diluye y se pierde y el poeta acaba prometiéndonos una raza de hombres más sabios y poderosos que nosotros, que serán flor y fruto de nuestra semilla. Donde ponen más alma los ingleses es en decirnos que los bienes de la vida son tanto más preciosos cuanto más efímeros. Una canción anónima asegura que es hermoso cantar y bailar cuando doblan a muerto. Los poetas famosos se guardan de semejante disonancia, pero el hecho de que la juventud sea tan breve es siempre en sus plumas incentivo para gozar de ella. Este tema suscita media docena de las composiciones más gráciles de Shakespeare. Ya había sido su profeta el dulce Spenser. También lo fueron Herrick y Cory. Aun en el severo siglo XVII quiere Mayne que contemos los minutos con los besos, y Jordan co-

menta el *Coronemus nos rosis antequam marcescant*, y lo mismo Marvell y Etherege. El siglo XIX ve traducirse en los versos maravillosos de FitzGerald el Rubayat, de Omar Kayyám, y si después no vuelve a tocarse el tema, por lo menos en composición de gran empuje, no es porque los poetas hayan dejado de sentirlo, aunque los sentimientos han empezado a transformarse al influjo de los horrores de la Gran Guerra, sino que fué tan grande la perfección formal del poema de FitzGerald que no parece que se pueda volver a tratar, en mucho tiempo, tema que ya ha cristalizado en versos que las gentes se saben de memoria.

Otros ingleses piensan que el «Rubayat» es una droga perniciosa del Oriente, aunque se nos haya servido en copa cincelada por un orive magnífico de Europa. El hecho es que el tema de la muerte no produce grandes poemas en lengua inglesa, sino cuando se trata de exaltar la memoria de un héroe. Así el que Walt Whitman dedicó a Lincoln o el que consagró Tennyson a los funerales del Duque de Wéllington, y es que el tema de estas composiciones no es tanto la muerte como el héroe, la patria, la vida colectiva, porque la poesía de habla inglesa es de la vida y no de la muerte. Parece que el genio del Norte florece mejor en la embriaguez lírica que inspira a sus poetas el sentimiento del amor, la hermosura de la naturaleza, la llama de la ambición o la pasión patriótica. Las mejores composiciones son las que expresan esta embriaguez. Tal aquélla en que Isabel Browning canta al dios Pan, cuan-

do juega en el río, o aquella otra en que Shakespeare celebra los funerales del fénix y la tórtola, las aves del amor. En ambas composiciones llegan a enajenarse las palabras y a perder todo sentido conceptual, para convertirse en pura música. Al leerlas se siente la tentación de pensar que son hijas de razas distintas de la nuestra y que por ello nos son tan diferentes, pero a mano tenemos la poesía portuguesa para mostrarnos que no es la raza la que forja el espíritu, sino el espíritu la raza.

Es curioso que la poesía portuguesa tenga aspectos en que se parece muy poco a la nuestra. Los portugueses son los poetas del amor, de la guerra o de la desesperación y del nihilismo, pero la muerte no les dice gran cosa. En la antología compilada por Carolina Michaëlis de Vasconcelos no encuentro ni siquiera una composición dedicada a nuestro tema favorito. Portugal es, con todo, uno de los grandes pueblos líricos. Es el país del amor, probablemente el originador del sentido romántico del amor moderno, en las cartas de la monjita Mariana Alcoforado, según Lopes Vieira. El alma portuguesa, ya lo advertía Lope, gusta de deshacerse en el amor, en el paisaje, en la contemplación. Parece como que se liberta al salir de sí misma y que lo hace siempre de buen grado, hasta cuando se desespera, como en los sonetos de Quental. En este respecto se parece a la inglesa, a la alemana, a la italiana, a la francesa. Lo que no hacen los portugueses es considerar la muerte como un estímulo para apresurar los go-

ces de la vida. Son demasiado cristianos, demasiado delicados para entregarse a estos placeres, que cantaban los poetas de Roma cuando su pueblo había dejado de creer en sus dioses, pero, más cándidos que nosotros, los portugueses se dan al amor o a la desesperación, sin la desconfianza que oponen los castellanos a cuanto intenta seducirles. Y es verdad que una de las mejores composiciones portuguesas es aquella de Camoens, en que Babilonia simboliza el presente y Sión el pasado, y que en ella puede leerse:

Que quanto da vida passa
está recitando a morte.

Camoens se pregunta, como Manrique:

¿Que era da musica minha
que eu cantava em Siao?

Pero la respuesta es totalmente distinta, porque si las cosas de este mundo son pasajeras es porque Camoens cree, como Platón, que cada cosa de aquí abajo:

e sombra d'aquella ideia,
que en Deus está mais perfeita.

Los afectos de tejas abajo son sofistas que enseñan los malos caminos, en vez de los rectos, y lo que hay que hacer, al dejarse llevar por la corriente, es alzar el pensamiento del mundo visible al inteligible y

da particular beleza
para a beleza geral,

lo cual no es contrario a la enseñanza de Jorge Manrique, sino lo mismo esencialmente, pero alcanzado de otro modo, porque el poeta castellano nos incita a pensar en lo eterno, por desengaño de lo temporal, mientras que el portugués nos mueve a buscar lo infinito, para perfección y completamiento de las cosas limitadas.

La peculiaridad de nuestra lírica es tanto más sorprendente cuanto que las fuentes de donde pudiera derivarse son comunes a todas las literaturas modernas. Las más antiguas son el «Eclesiastés» y los «Salmos». Nuestras lenguas modernas han nacido todas ellas sabiendo que todo es vanidad de vanidades, que ninguna cosa es permanente debajo del sol, que muere el docto como el indocto, que todas las cosas caminan a un lugar, que son de tierra y en tierra se convierten, que también es vanidad el amor de las riquezas, que el corazón del sabio está donde hay dolores, que vale más perro vivo que león muerto, que en todos los valores humanos se mezclan, además del mérito, la fatalidad y el azar; que los días del hombre pasan como sombra, que no vivimos sino setenta años y ochenta los más fuertes, y lo que excede de ellos es trabajo y dolor, «mas, Tú, Señor, permaneces para siempre» (Salmo CI, 13).

Toda nuestra religión parece hecha para recordarnos, no tan sólo que nuestra vida es efímera y que son transitorios sus goces y poco sustanciales, sino que has-

ta el mundo en que vivimos es tan perecedero como nosotros mismos:

Dies irae, dies illa,
solvat saeculum in favilla.

El universo entero quedará reducido a pavesas. *Sit transit gloria mundi*, es la frase litúrgica que se pronuncia en la ceremonia de la coronación de los Pontífices, quemando ante la silla gestatoria un poco de estopa en una lamparilla de alcohol. En el Kempis hay una frase parecida: ¡O! ¡*quan cito transiit gloria mundi!*, y todo el libro es una exhortación para que despreciemos las vanidades de este mundo, lo mismo las riquezas, que los honores, que los deseos de la carne. En su primera Epístola a los corintios (Cap. VII, 31) había escrito San Pablo que da lo mismo usar de este mundo que no usarlo: «porque pasa la figura de este mundo» (*praeterit enim figura hujus mundi*). Cornelio Lépide comenta estas palabras con otras de San Anselmo, y con la cita de un autor que no da y que dice:

Preterit ista dies; nescitur origo secundi:
An labor, an requies: sit transiit gloria mundi.

Las palabras son casi seguramente, a juzgar por los consonantes, de un autor medieval, aunque la transitoriedad de las cosas del mundo es tema que no se cae de la mano de Horacio y de los clásicos: «Eheu fugaces labuntur anni». Lo que hace el Cristianismo es sacar una consecuencia ascética y moral de este carácter pa-

sajero de los bienes mundanos, y esta consecuencia la deduce para todos los pueblos europeos. En todos ellos hay cantares y refranes que dicen, poco más o menos, lo que el nuestro:

La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

pero lo que es peculiar y característico de la lírica castellana o escrita en castellano es el aprovechamiento de este tema popular cristiano para la composición de poemas literarios de tan perfecta y exquisita forma como ricos en sentimiento y en filosofía.

El señor Asín Palacios me dice que este tema nuestro se repite constantemente en la literatura árabe. Basta abrir, en efecto, la «Lámpara de los Príncipes», del tortosino Alburquerque, para encontrarse con las mismas preguntas de Manrique: «¡Hijo de Adán! ¿Dónde está Adán, padre de los primeros hombres y de los últimos? ¿Dónde Noé, jefe de los profetas; Edris, el amigo del Misericordioso; Moisés, etc.? ¿Qué se ha hecho de las naciones que se extinguieron, de los reyes que perecieron, y las generaciones desaparecidas? ¿Dónde están aquellos sobre cuyas frentes se posaron las coronas; los que se ufanaron de poseer numerosos ejércitos y gran poderío?». Toda la educación de los príncipes la funda Alburquerque en la constante meditación de estas verdades: lo espontáneo del trance de la muerte; la breve

duración de las alegrías; la fugacidad del placer; el pronto fin de los goces que proporciona la satisfacción de los apetitos; la eterna duración de sus malas consecuencias y de los sufrimientos que a cambio de tales goces se padecen.

El poeta Adí compuso unos versos en los que hace decirse a un gran señor:

¿Qué felicidad existe para el ser vivo cuyo fin es la muerte?
¿Dónde están los reyes de Persia
Anuxiruán y su antecesor Sabur?
¡De los Banu Alásfar, los ilustres soberanos
griegos, no queda mención!

en vista de lo cual, el gran señor abandonó la corte, el poder real y las riquezas. Se cuenta del rey David que halló una caverna en la que había un esqueleto humano y una calavera y junto a ella una piedra con esta inscripción: «Yo soy el rey Rostam. Reiné durante mil años; conquisté mil ciudades; derroté mil ejércitos; me desposé con mil doncellas, hijas de reyes, y luego he venido a parar a lo que ves: a tener el polvo por lecho y una piedra por almohada». Cien veces repite Alburquerque el mismo pensamiento, poniéndolo en otras tantas bocas, pero acaso su expresión más elocuente se encuentra en la leyenda de Aljádir o el Jádir, que cada quinientos años pasaba por el mismo lugar. La primera vez encontró una ciudad. Sus habitantes no sabían cuándo se edificó, sino que la creían tan antigua como el diluvio. Quinientos años después no quedaba de ella

ni recuerdo. Los pastores de ovejas que había en los contornos no sabían que hubiera existido allí ciudad alguna. Después se convirtió el paraje en mar donde los pescadores sacaban perlas. Los pescadores creían que aquel mar existía allí de todo tiempo. Quinientos años más tarde no quedaba más que una laguna. Los pescadores de peces decían que nunca había habido mar allí. A los quinientos años volvió a alzarse otra ciudad como la primera y sus vecinos la creían eterna. Y el Corán dice: «Sabed que la vida de este mundo es sólo un juego, un pasatiempo y un adorno, y una causa de vanagloria entre vosotros». (LVII, 19).

¿Cómo negar la posibilidad de que este sentido de la vida, tan arraigado entre los árabes, se filtrara en las capas profundas de nuestro pueblo y sea una de las fuentes, tal vez la principal, en que se inspiraron Jorge Manrique y los poetas que siguieron sus huellas? En la investigación que hizo el padre don Félix G. Olmedo de las fuentes de «La vida es sueño», tema tan íntimamente emparentado con el de este discurso, se aducen, como uno de sus posibles orígenes, los versos de Petrarca:

Passono vostri triumphi i vostre pompe.
Passono li stati: passono signorie.
Ogni cosa mortale tempo interrompe.

Y aquel otro pasaje en que Filón el hebreo se pregunta: «¿Qué se ha hecho de aquella tan dilatada familia de los Tholomeos, cuyo esplendor y fama toca-

ban en los confines de la tierra y mar?». Pero este no es un estudio de las fuentes de las coplas de Manrique, estudio, por otra parte, que ya se ha hecho, porque ninguna averiguación de los orígenes podrá explicarnos que este tema haya inspirado en nuestra lengua, y no en ningún otro idioma moderno, una serie sucesiva de composiciones magistrales. Aquí el espíritu ha de mostrárenos como causa, y no como efecto. Y causa es, sin duda, de que se hayan acentuado en nuestra naturaleza de españoles algunos rasgos, después característicos, que han dejado su huella en la historia del mundo.

La primera vez que medité sobre el asunto se me ocurrió que esa influencia debió de ser nociva y que pensar frecuentemente en que la muerte lo nivela todo, lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, es inducirnos a creer en la infinita vanidad de todo, el bien inclusive. Parece que al decírsenos que han de morir también «tantos duques excelentes», «y las sus claras hazañas», se nos sugiere que lo mismo valen las grandes acciones que las ruines, que da igual ser rosa que hierba, que se equipara el valor de los pueblos sin historia con el de la «Sabia Atenas, fábrica de Minerva». Y es claro que si fuera así la consecuencia sería nefasta, porque la vida moral necesita para su orientación que exista un diferencia esencial, infinita, entre el bien y el mal, y si al decir que la muerte lo nivela todo pusiéramos el acento en la nivelación, podríamos caer en el nihilismo moral de suponer que da lo mismo

el bien que el mal, el valor que el disvalor y encaminarse a la derecha que a la izquierda, y toda nuestra moralidad se disolvería en óptica ilusoria. Pero es evidente que no hay nada más extraño a nuestro carácter que el agnosticismo moral. Podremos ser perezosos para la acción; indiferentes, no lo somos. Y es que no pensamos en la nivelación del mal y del bien cuando nos dolemos de que también perezcan los claros varones y los pueblos gloriosos y las rosas de belleza sin par. No pensamos en la nivelación, sino en la muerte, en la transitoriedad de los bienes del mundo y en la universalidad de este destino. La rosa muere, y es gran pena, pero también el alacrán; se acaba el día, pero también la noche; perece el héroe, pero el traidor también. La rosa, el héroe y el día no pierden su valor por ser pasajeros, y lo que importa, y la razón de que hablen de ellos los poetas, no es lo que tienen de común con los seres menos valiosos, salvo en esto de morir, sino precisamente lo que los diferencia y da valor, porque los valores morales son los que merecen mantenerse sobre el cambio de las épocas y porque esperamos que de alguna manera lograrán mantenerse. «Mis palabras no pasarán», (Mat. XXIV, 35), decía Nuestro Señor, y no han pasado. Nuestra obra y nuestro ejemplo tampoco mueren con nosotros, sino que se transmiten, para bien y para mal, a las generaciones venideras y se proyectan, además, en el plano de la vida perdurable. Este mundo no es mera apariencia. Quien lee en los corazones no habría necesitado crearlo si fuera únicamente un va-

lle fantasmagórico de prueba, porque juzgaría de las almas por sus meras intenciones, en un plano descarnado y astral. En la realidad de la existencia de este mundo han creído siempre los españoles y, sobre todo, los poetas del «sit transit».

El acento lo ponen en el morir, en el pasar, no en la igualdad en la vida de los seres y de las cosas que perecen, sino en su igualdad en el perecer. Los españoles nos hemos dicho, con Heráclito, «todo fluye», pero nos lo hemos repetido tantas veces que hemos tenido que sentir que la última vez que nos decimos que todo fluye decimos lo mismo que la primera. Y aunque los poetas no salen del plano de la emoción ni reflexionan en que, si es lo mismo el «todo fluye» de la primera vez que el de la última, tienen que sentir, con certidumbre, de algún modo, que algo hay en nosotros que no fluye, ya que la proposición de la fluidez universal sigue siendo idéntica a sí misma. Hay lógicos que lo niegan y dicen que en cada proposición anda envuelto el universo todo y que, por consiguiente, la misma frase, al cabo de un minuto, implica cuantos cambios hayan sufrido en ese tiempo el universo y el espíritu que la formula. Pero lo que los españoles sentimos, más que pensamos, es que cuando nos lamentamos del fluir universal estamos sintiendo al mismo tiempo la presencia, más o menos inmediata o remota, de un mundo que no fluye, porque no podemos percibir lo que pasa, sino por comparación con lo que no pasa. Si no tuviéramos idea de lo que no pasa, no podríamos darnos cuenta de que pa-

sábamos nosotros. Al mirar el paisaje desde el tren en marcha podremos engañarnos y suponer que son los árboles los que están desfilando delante de nosotros. pero uno de los dos ha de estar quieto relativamente: el paisaje o nosotros, y cuando decimos que todo pasa, como nuestra idea del proceso es absoluta, absoluta ha de ser también nuestra idea de lo que no pasa, y en contraste con ella sentimos y lloramos el fluir de las cosas. En el «todo fluye» heraclitiano va incluída la afirmación absolutista de Parménides: «Lo que es, es», y no pasa. El verdadero ser no pasa. Todo lo que pasa es apariencia. En nuestro fluir se evoca el no fluir: «el vivir que es perdurable», de Manrique, o «el Alba de oro», de Rubén.

Esta es la idea completa. Si nos decimos, como en el Salmo: «Mis días como sombra han pasado—y yo como heno me he secado», tenemos que añadir, para completar el pensamiento: «Mas Tú, Señor, permaneces para siempre» (Salmo CI, 12, 13). Es verdad que los poetas de otros pueblos no completan el pensamiento y se quedan en el puro fluir. Esto es lo que hacen todos los predicadores del «carpe diem». Pasan sobre ascuas sobre su propio sentimiento. Todo parece, se dicen, y no reparan en que al decírsele están echando de menos el vivir que es perdurable. Mutilan su propio sentimiento, y por eso deducen que hay que coger las rosas antes que se marchiten. Si completaran su sentimiento se dirían que, esas rosas que se marchitan, son el signo de un jardinero que cultiva en su jardín rosas

eternas e imperecederas. La idea de que hay que gozar lo antes posible, no sea que la muerte nos sorprenda antes de haber gozado, es infantil y falsa. Infantil, por no tener en cuenta que, al postular la transitoriedad de todos los bienes, estamos formulando una proposición que no es transitoria y que nos coloca en contacto inmediato con la eternidad. Y además falsa, estéticamente falsa, porque todo placer desaparece automáticamente cuando se enfoca en la perspectiva de la muerte.

Los españoles podemos decir de los otros pueblos europeos que son niños, como decían los egipcios de los griegos. La «morgue espagnole», el sobrecejo que en nosotros observan los franceses, la «gravedad» de que nuestros antepasados se ufanaban, algo parecido a la «gravitas» romana, sólo que su origen era moral, y no político, porque no procedía de la conciencia del Imperio, como en los romanos, sino de la circunspección con que medíamos el valor de los actos y de las cosas, se debe a la influencia que tuvieron nuestros grandes líricos sobre nuestro carácter. Sus poemas magistrales avivaron en nosotros la conciencia de la transitoriedad de los bienes del mundo, y no es lo mismo plantarse ante las cosas sin ponerse a pensar si son efímeras o perennes, que vivir ante ellas con la intuición despierta de que no han de durar. Esta lírica del «sic transit» nos ha enseñado a distinguir intuitivamente entre los valores instrumentales y los valores finales o eternos. Otros pueblos más intelectuales que nosotros, han llamado «eternos» a valores transitorios, como los del linaje, la

raza y el Estado. Los españoles, en cambio, sabemos por nuestros poetas que mueren los imperios, ni más ni menos que los emperadores. Y esta idea de la transitoriedad de los bienes temporales reprime y modera nuestras ambiciones y deseos. Nos es más difícil a los españoles que a los demás europeos amar lo finito con aquel amor absoluto que sólo corresponde a lo infinito. Somos más escépticos respecto del valor de las cosas temporales. Y es que sólo cuando se olvida el carácter perecedero de los seres y de las cosas se las puede querer con el amor debido a su Creador. En cuanto se las mira fluir hacia la muerte, tenemos que pensar un poco lo que San Francisco de Borja ante el cadáver de la Emperatriz: «No más servir a señor—que se me pueda morir». Tuvimos un gran Imperio, pero ni lo deseamos ni nos jactamos tampoco de poseerlo. Apenas se encuentra en nuestros clásicos la fruición del poderío nacional. Lo que sentimos fué la idea de defender la causa de la Iglesia y de incorporar las razas indianas a la civilización. Nunca concebimos el Imperio como fin supremo, ni siquiera como un privilegio del que fluyeran goces deseables, sino como una misión, como un servicio. Y cuando lo perdimos se nos ocurrió pensar que cuando lo habíamos perdido sería porque no lo merecíamos. La influencia de nuestra lírica sobre nuestro carácter consiste en moderar nuestros deseos de los bienes del mundo y en consolarnos de su pérdida. Por eso ha podido decir de nosotros Gabriela Mistral que somos «buenos perdedores».

Es posible que ello empobrezca nuestra vida. Como deseamos menos las cosas que los hijos de otros pueblos, las gozamos menos y las poseemos en menor cantidad. Somos al mismo tiempo más desconfiados y más dignos. Por más desconfiados aconsejaba una dama de mundo a una amiga suya que no se enamorase jamás de un español. No es que los españoles no sintamos el mismo arrobamiento que hace decir a Leopardi que al subir por el pecho un afecto profundo:

Un desiderio di morir si sente.

Parece que la vida entonces nos ha dado cuanto hay en ella de codiciadero. Nos imaginamos cesar de ser nosotros mismos para pasar a formar parte del ser amado. Es un no ser en el que nuestro ser se potencia y multiplica. Pero lo que queremos no es la muerte, sino la inmortalidad. Queremos que se suspenda el flujo de la vida para que el momento dichoso se eternice. Sólo que los españoles sentimos también, quizá más vivamente que otros hombres, que en ese mismo éxtasis amoroso se nos arranca nuestro ser, y, antes de que el despojo se consume y totalice, nos preguntamos por el derecho con que se nos desposee de nuestra alma, y esta es la razón de que nuestra lírica sea relativamente pobre en composiciones amorosas. Antes de cantar nuestra enajenación nos dolemos de que se nos rapte y nos atormentamos preguntándonos si es un ángel o un demonio el poder sobrenatural que se ha adueñado de nosotros.

Es significativo que el «Canto a Teresa», que es la mejor poesía de amor de nuestra habla, se haya compuesto para llorar la muerte de la amada. En tanto que Teresa vivía no sintió Espronceda ninguna necesidad de decirnos:

Que así las horas rápidas pasaban...
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.

Ni el mismo Alfredo de Musset, considerado por los franceses como el poeta del amor, escribió nunca una línea como esa última. Verdad que su idioma no posee sonoridades comparables a las nuestras:

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías.
¡Ah! ¿Dónde estáis que no corréis a mares?...
¡Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto,
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?...
Aún parece, Teresa, que te veo,
aérea como dorada mariposa...

Mientras haya enamorados que hablen nuestra lengua y sufran los extravíos y las penas del amor patético soñarán con que su pasión les aisle del mundo:

Y en un tiempo sin horas ni medida,
ver como un sueño resbalar la vida.

Pero ha tenido que morir Teresa para que Espronceda la cantara. Y lo mismo nos ocurre con el amor ético, bendecido por Dios. Gabriel y Galán ha necesi-

tado imaginarse que se le había muerto «El ama», su esposa, para descubrirnos su noble pecho enamorado. La muerte es la explicación, el hermeneuta. Ante ella han comprendido Espronceda a su Teresa y Gabriel y Galán a su santa mujer. Hasta entonces no es el amor, sea feliz o desgraciado, más que un paréntesis que se abre. Hace falta que suene la hora final, y que el paréntesis se cierre, para que lo finito se ilumine a la luz de lo eterno y nuestros poetas entiendan lo ocurrido y compongan sus versos.

Para ver y estimar lo finito necesitamos de la luz de lo eterno. Esta es, al mismo tiempo, la lección que nos enseña nuestra lírica y su influencia sobre nuestro carácter. Ante la fortuna, ante el amor, ante la gloria, ante el poder político, ante los bienes de este mundo advierten los hombres de otros pueblos las señales de Dios. Por ello los exaltan y defienden. Perciben en los bienes temporales el valor que les baja de la región de las cosas eternas. Por eso su pensamiento, como el de Camoens, sube derechamente del mundo visible al inteligible. Su lema viene a ser el admirable de «*Per aspera ad astra*» (Por las fatigas a la gloria). Nosotros damos un rodeo. Empezamos por preguntarnos por la duración de los bienes del mundo, en cuya pregunta nos acompañan otros pueblos. Ello envuelve una respuesta negativa: todo fluye, todo perece, todo pasa. Si aquí nos detuviéramos tendríamos que acabar por decirnos, como los epicúreos: «*Dum vivimus, vivamus*». Puesto que vivimos y hemos de morirnos, vivamos

cuando menos lo mejor que nos sea posible. En ese espíritu se han escrito grandes poesías en todos los idiomas. Pero ante los bienes pasajeros nuestros líricos sienten, y nos hacen sentir, que tiene que haber bienes que no pasan. El bien en sí no pasa. Dios es el bien y permanece. El tránsito de los bienes queridos es la noche mística en que tomamos contacto con lo eterno. Esa eternidad ha de hallarse muy cerca del ansia de eternidad de nuestras almas. Al negar por un momento el mundo hemos hecho el descubrimiento de la chispa inmortal de nuestro espíritu. Y entonces el universo entero parece que se tiende a nuestros pies. La misma corteza espesa de las cosas parece convertirse en cera en nuestras manos. Y el gran vacío de la noche oscura se trueca en capacidad de acción. Jamás habrá hecho un pueblo tantas cosas como nosotros en nuestro gran siglo, cuando fuimos más místicos. Parece que fueron pronunciadas especialmente para los españoles las palabras de Nuestro Señor a sus discípulos, cuando les decía que si fuera su fe tan viva como la mostaza harían mudarse las montañas, «y ninguna cosa os será imposible» (*et nihil impossibile erit vobis*).

Mas lo que principalmente implica este tema favorito de nuestros poetas es la universalidad de los humanos destinos. En él nos decimos unos a otros que todos tenemos que morirnos, pero lo decimos como en toda poesía lírica, en un discurso musitado al oído del interlocutor, que es el género humano: «Caminante: vayas a donde vayas, nos encontraremos al fin de la

jornada, y tú lo sabes como yo, seas grande o pequeño, rico o pobre: tenemos que morirnos, y todos lo sabemos igualmente, porque en saberlo, como en morirnos, somos iguales todos. Otras cosas las sabes tú mejor que yo; otras, yo mejor que tú; pero ésta la sabemos igualmente, y es la fundamental». Por eso dice nuestro proverbio que «nadie es más que nadie». Al decirlo, ya sobreentendemos que unos son más que otros, y porque lo sabemos lo decimos, y, con todo, nadie es más que otro, ni en los destinos temporales, ni en la conciencia que de ellos tenemos. Las diferencias que nos separan se levantan sobre un fondo común, físico y metafísico, y ese légame de todos tiene, por lo menos, tanta importancia como nuestros desniveles de valores temporales. Pero aquí tocamos los dos modos esenciales y característicos de nuestra hispanidad: Uno es ya el ahinco con que subrayamos la identidad de los destinos humanos: «*In imagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur*». Pasamos como sombras, y en vano nos conturbamos. En vano, porque no podemos evitarlo, pero no enteramente en vano, porque nos damos cuenta de ello. No podemos evitar que las cosas externas pasen como pasan y pocas veces que sean como son:

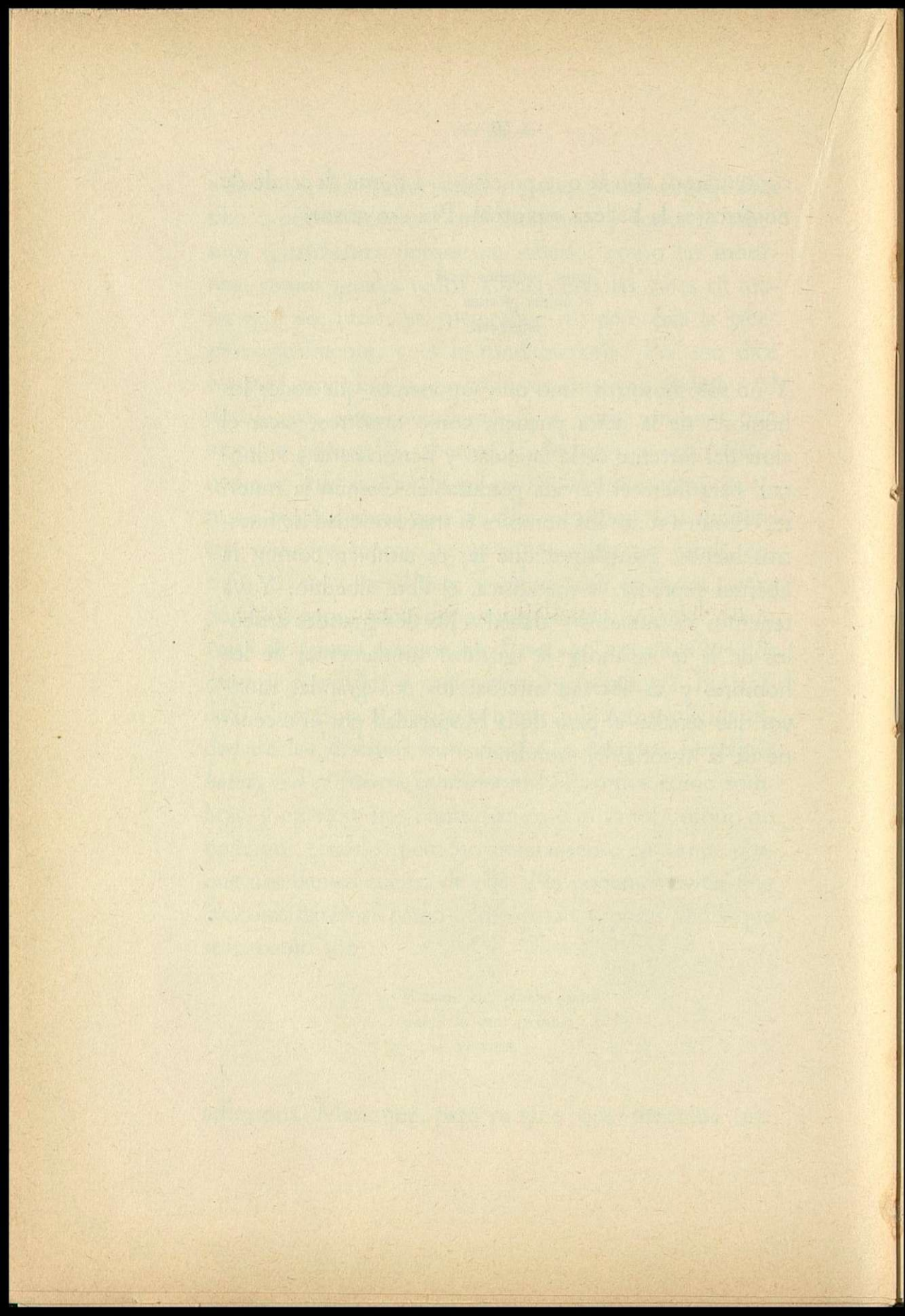
Si fuese en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal,

reflexiona Manrique, pero ya sabe que tenemos que

contentarnos con la que poseemos. Lo que depende de nosotros es la belleza espiritual. Por eso añade:

como podemos hacer
el ánima gloriosa
angelical.

Y no sólo nosotros, sino que suponemos que todos los hombres de la tierra pueden, como nosotros, sacar el alma del torrente de la fatalidad y hermosearla a voluntad, para merecer la vida perdurable. Común la muerte, común a todos los hombres la transitoriedad de nuestros bienes, postulamos que les es también común la libertad suprema, la metafísica, el libre albedrío. Y ya tenemos así aunados y trabados los dos grandes artículos de la fe española: la igualdad fundamental de los hombres y su libertad interna; los dos grandes motivos que señalan el paso de la Hispanidad por el escenario de la historia del mundo.



CONTESTACIÓN DEL
ILTRMO. SR. D. AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO

COMPTON DE
JUNIO DE LA CORTES DE AMERICA Y MAYO
QUINCE Y SESENTA Y CINCO DE 1861

SEÑORES ACADEMICOS:

Pocos espectáculos hay en el mundo de las ideas más interesantes y conmovedores que la peregrinación de un entendimiento en busca de la verdad, de aquella verdad íntima y propia que logre el mejor de los estados de conciencia: la paz interior, el reposo de nuestras facultades, anhelos y esperanzas, que hallaron su centro, que vieron, por fin, la luz.

Imaginaos, para ello, a un muchacho a quien desde muy niño persigue y acucia el hallazgo de *su* verdad. Este muchacho se llama Ramiro de Maeztu. Han transcurrido sus primeros años en una ciudad casi levítica, Vitoria, donde todavía vagan los fantasmas de dos guerras civiles, como encarnaciones de las dos tendencias que lucharon en ella: de una parte, la España secular y tradicional, representada para el joven escolar en la *Summa Theologica* del Angélico, que sus maestros le enseñan; y de otra, el Derecho nuevo, las ideas liberales predominantes en la nación; unas y otra combaten todavía sañudamente, y las disputas y

discusiones de deudos y amigos que en su propio hogar presencia el muchacho, sembrarán en su alma, ávida de verdad, la confusión y la inquietud. Poco después trasládase con su padre a Cuba, donde aún le aguardan mayores sobresaltos; también la hermosa isla padece una fratricida división: cubanos y peninsulares míranse con recelo, casi con odio, éstos, confiados en el poder inerte de una soberanía secular, que, no obstante, toca a su fin; aquéllos, que dejaron de amar a España y guardan toda su admiración, sus máximos fervores para el vecino país americano, fascinados por su grandeza material, creyendo que en ella, en sus inventos prodigiosos, se cifran la civilización y el progreso.

Pero Maeztu, muy joven aún, que por la sangre cubana de su abuelo convive en uno y otro bando, advierte ya aquella pavorosa dualidad y las trágicas consecuencias que encierra. Y cuando al volver a la Península la insurrección de Baire, primero, y luego la victoria americana, confirmando sus temores, acaban con los últimos restos del gran imperio español, después de haber sido testigo de la gestación de aquel gran infortunio, trae también consigo el rubor de la vergüenza, junto a una íntima desconfianza en la vitalidad y en el porvenir de su patria. Por desdicha, tampoco le aguardan al arribar a ella mayores consuelos ni alentadoras energías. Es la hora amarga y cruel que sigue siempre a todos los grandes desastres nacionales, en la cual las más claras inteligencias se anublan, y la serenidad y la cordura se esconden acobardadas, dejando su lugar a la es-

tulticia y a la pasión. Se indagan sus causas, se acusa a los presuntos culpables, se recetan los futuros remedios, pero torpe, erróneamente, atribuyendo la derrota a cosas puramente materiales, a la superioridad de los acozados, a la abundancia de los elementos combativos, pero sin acordarse para nada del espíritu, de la idea, de la moral.

Una ola de pesimismo, de letal desaliento, inunda entonces a la juventud estudiosa. Toda derrota tráelos forzosamente consigo cuando no existe una unidad espiritual. También España, en el curso de los siglos anteriores, había sufrido grandes, terribles reveses: *la Invencible*, Rocroy, Trafalgar; pero el alma colectiva salía incólume de ellos, porque, como dijo Menéndez Pelayo, todavía España tenía un corazón y un alma sola cuando de la salud de la patria se trataba. Pero el desastre de 1898 sorprende a nuestra juventud indefensa; se han roto los vínculos con la creencia común, no se ama a España, y, por ello, la derrota moral es mucho más grande, más trágica aún que la militar y política. La mayoría de los hombres nuevos de entonces, Baroja, Azorín, Unamuno, hoy compañeros nuestros, incrédulos o dudosos de la curación de la patria, vuelven escépticamente las espaldas a estos problemas nacionales, y se encaminan hacia lo puramente literario; en el hallazgo de credos estéticos, en una renovación de los gustos literarios, en la creación de estilos y modos de escribir personales y peregrinos derramarán sus ímpetus juveniles, su talento y su ambición.

Maeztu, no: él siente más viva que nunca la inquietud patriótica, la preocupación nacional; hasta tal punto, que, juzgando pobre y estrecho el campo literario, donde él también había dado sus primeros y muy lucidos pasos con la publicación de algunos cuentos breves, abandónalo sin remordimientos, para entregarse por entero al estudio de las cuestiones políticas candentes, dejándose arrastrar por el influjo de las dos tendencias que imperan a la sazón: de una parte, la de que España ha de buscar su remedio en el impulso de sus grandes y dormidas riquezas naturales, teoría que encarna Costa en su constante tema *escuela y despensa*; y de otra, la admiración, el culto a lo extranjero, síntoma de la peor de las decadencias, de la falta de confianza en sí, que hace entonces popular y famoso el libro de Desmoullins. *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?*, dando por bueno y aceptando de barato que, en efecto, las razas norteañas llevan implícita gran superioridad sobre las latinas, creencia que, no obstante, se admite entonces por todos (Maeztu el primero) como postulado político que ni necesita de prueba ni admite contradicción.

También Maeztu, contagiado por tan enervadoras influencias, cree sinceramente que España perece entre las convulsiones de *una parálisis progresiva* —así la llama él—, y su pluma nerviosa, en muchos artículos de esta época, comienzo de su labor periodística, glosa sombríamente el tema, como si la sensación de esta agonía le royese las entrañas; y la visión de una España que él califica de «despoblada, atrasada e ignorante, que ha di-

suelto las más justas ambiciones y anulado los más nobles estímulos», le perseguirá durante estos años, haciendo de este tópico credo de su razón y medula de sus crónicas en diarios y revistas.

Pero ¡fenómeno curioso! simultáneamente y junto a este negro pesimismo, siente en el fondo de su espíritu ciertos inefables impulsos y misteriosos toques, como si la voz de la raza le llamase, dictándole otros artículos y ensayos más alentadores, que recogerá en su primer libro *Hacia otra España* (1899), título ambiciosamente juvenil, sin duda, pero en cuyo prólogo Maeztu nos confesará la idea, noble y sincera, diremos nosotros, que le ha presidido: «el dolor de que España, su patria, sea chica y esté muerta, y el furioso anhelo de que viva y se agrande», hermosa aspiración que purifica las demasías y atrevimientos que este primer libro de juventud puede contener. Es un paso en busca de la verdad, aunque la verdad esté lejos, muy lejos aún.

¿Acaso tendrá razón Desmoulins, y habrá que perseguirla fuera de España en los países nortños y anglosajones? A ellos se encamina Maeztu, ansioso de lograrlo: es su primera temporada de Inglaterra, como redactor corresponsal de un famoso y ya desaparecido rotativo madrileño, donde tres o cuatro veces por semana se publican sus artículos, llenos de brío y de color. Era yo estudiante a la sazón, y todavía recuerdo la impresión profunda que me producían aquellas jugosas crónicas de Maeztu desde Londres, en que aspiraba a captar el secreto del predominio británico en el mundo, ana-

lizando sus instituciones y costumbres, su panorama político y social, con vigorosos rasgos, en ensayos breves, de una gran originalidad para su tiempo; con ellos habría de adelantarse Maeztu a otras obras de este género, que más tarde se publicaron en Francia con igual propósito descubridor y crítico del carácter inglés.

Recuerdo también que etos artículos de Maeztu nos servían entonces como de bandera y palenque en nuestras empeñadas discusiones poniendo frente a frente las dos tendencias que han dividido siempre a toda juventud: la iconoclasta y reformista que desdeña lo nacional y castizo, juzgándolo caduco y atrasado; y la que, defendiendo la tradición histórica, aspira a incorporarla a la sociedad moderna para su mayor dinamismo y vitalidad.

Mas, a pesar de estos triunfos, que dan nombre y popularidad a Maeztu, y del innegable mejoramiento de su espíritu, por la lección elocuente de tantas cosas nuevas como sus ojos perciben en Inglaterra, él dará por malgastados estos años de convivencia anglosajona; porque Inglaterra, con toda su grandeza material y política, no le ha dado la clave que él perseguía, la solución de aquel problema de España, que, punzante y febril, seguirá agitándose en el fondo de su espíritu; un enorme desencanto se apodera de nuevo de él, y la inquietud que llevó consigo le acompañará también al acabar esta etapa de su vida y volver a España.

¿Quién sabe si Alemania acertará a curarla? Alemania es el hogar del saber: sus grandes universidades, focos

luminosísimos que atraen a la juventud docente del mundo; sus maestros, hombres consagrados por entero a la enseñanza, sin que la bastardeen con otras tareas ni ambiciones: sabios, doctos nada más; por eso su huella es tan profunda en las inteligencias que modelan. Un joven socialista de entonces hará en alta voz esta pregunta extraña: «¿Qué tiene Alemania, protestante y racionalista, que se vuelve de ella reaccionario?». Las aulas de Berlín y Marburgo verán pasar durante dos años a un estudiante grave en su mocedad, absorto en sus preocupaciones ideológicas, consagrado totalmente a la renovación cultural de su espíritu, quien en sus horas de reposo, en los paréntesis de aquella vida escolar, donde la juventud triunfa y se esparce en tantas y tan jubilosas formas, seguirá formulándose aquella roedora y enigmática pregunta: «¿Por qué España, su patria, está tan caída y humillada ante el mundo?»

Pero si su etapa universitaria alemana no le da la respuesta, como tampoco se la había dado Londres, una y otra nación le irán poniendo en el camino de encontrarla. Singularmente, Alemania; el espectáculo de su férrea unidad, aquel criterio disciplinado, metódico, con que allí se emprende el estudio de las ciencias, contrapuesto a la superficialidad española, a la *apariencia* de las cosas, como decían nuestros clásicos; el contacto con los católicos ingleses, el rigorismo casi matemático de la filosofía kantiana, que le enseñan sus profesores Hartmann y Rickert, eminentes ambos, van contribuyendo paulatinamente al mejoramiento, a la robustez espiritual de

Maeztu; ya no se dispersará su vitalidad cerebral ni su dinamismo como en los primeros años de su juventud; en lo sucesivo serán objetivos concretos, acotados, los que él se proponga y acometa.

Cuando en 1910 vuelve nuevamente a España, sus preocupaciones ideológicas, sin perder todavía su extremismo, son más españolas y castizas; persiguen ya las cosas y fenómenos seculares de su patria; políglota por educación y por sus andanzas europeas, comienzan a interesarle también las cuestiones del lenguaje vernáculo: y en una excursión que emprende a través de la cuenca del Ebro, salen a su encuentro y le hablan con su idioma petrificado, pero enérgico y aleccionador, aquellas montañas, valles y gargantas donde antaño se forjó una porción considerable del alma de España, recuerdos históricos, evocaciones de leyendas y gestas primitivas, que en otro tiempo hubieran estado mudas para él, y que ahora sutilmente se van apoderando de su ideología y de su sensibilidad; al fin, todo paisaje no es sino el reflejo plástico, materializado del carácter de un pueblo; recorrerlo, estudiarlo, valdrá tanto como seguir una vía larga y sinuosa, pero vía al fin, que nos conduzca a su conocimiento y a su amor.

Allí, en este proceso evolutivo de sus ideas, sorpréndele la guerra mundial; un momento de vacilación sobre el campo de batalla que elegirá, y, sin que él acierte a explicárselo, instintivamente, he aquí a Maeztu de nuevo en tierras británicas, despidiendo a los improvisados ejércitos que van a dar testimonio con su sangre de que

una nación quiere vivir. En Inglaterra, alternando sus tareas de cronista con nuevos estudios, sacará a luz, primeramente en inglés, su obra *Autoridad, Libertad y Función*, refundida después en castellano con el sobrio título de *La crisis del humanismo* (1916), dando a esta última voz, no su sentido estético, sino uno nuevo, el sociológico. Todos los grandes problemas, las eternas cuestiones que han conmovido las conciencias de los grandes pensadores, autoridad y poder, concepción del Estado, la paz y la guerra, la libertad y la felicidad, asoman sus rasgos seculares en las páginas densas de este libro; como si ante el apocalíptico cataclismo en que toda una civilización amenazaba derrumbarse se esfumasen las patrias nacionales para pensar tan sólo en la suerte íntegra del mundo.

Pero Maeztu, que es profundamente constructivo (rasgo, sin duda, de los más típicos de su carácter moral), no se resigna a esta catástrofe, y en sus preocupaciones y ensueños, siempre en busca de la verdad, vuelve sus ojos a una época ennegrecida durante todo el siglo XIX por una leyenda hostil, a la Edad Media, y en el estudio de la Edad Media halla con la ingente organización de la Cristiandad —Imperio y Pontificado dando la ley al mundo— una institución admirable y olvidada, en la que él cifra el remedio de casi todos los males suyos; los gremios, el corporativismo gremial. Su estudio le pondrá en contacto, involuntario pero fecundo, con las grandes esencias nacionales, porque los gremios son hijos del espíritu cristiano y de la grada-

ción jerárquica, las dos fuerzas poderosas que puedan restaurar al mundo, devolviéndole la vida y la paz.

Termina la guerra; Maeztu torna a España, pero no solamente con su personalidad vigorosa, con su fama de ensayista; también vuelve a ella con el corazón. Ya no son los valores extranjeros los únicos que estremecen su sensibilidad y mueven su pluma; la preparación concienzuda de tantos años va produciendo sus frutos, y las figuras más representativas de la raza, las grandes creaciones literarias nacionales, la «Celestina», «Don Quijote» y «Don Juan» ocupan su lugar. Pero, repítese el fenómeno: cuando abris el volumen que comprende los tres hermosos ensayos de Maeztu sobre estos mitos, no esperéis encontrarlos con disquisiciones eruditas, ni con investigaciones de sus fuentes, ni con su análisis puramente estético y literario; a Maeztu, sin perjuicio de gustar también de estas bellezas, lo que le preocupa en cada una de estas soberbias figuras es su valor propio y simbólico dentro del problema total de España; él duda que la causa de su perennidad sea exclusivamente artística, y atribuye su secular supervivencia a que también, bajo aquellas vestiduras lujosas, sórdidas o raídas con que se presentan en el escenario del mundo, laten conceptos y símbolos trascendentes que ni Fernando de Rojas, ni Cervantes, ni Tirso sospecharon jamás.

Maeztu, a mi ver, concibe estas tres colosales figuras como prefiguraciones o paradigmas de otros tantos valores eternos: «Don Quijote» es el *Amor*, «Don

Juan» el *Poder* y la «*Celestina*» el *Saber*: las tres fuerzas que dirigen al mundo, los tres anhelos insatisfechos, casi siempre, de la ambiciosa humanidad; cumbres inasequibles para la mayor parte de los mortales. Que Maeztu con felicísima intuición (intuición, todos lo sabéis, es más, mucho más que talento; es como su *substrato*, su alcaloide), haya tenido la fortuna de personificar estas tres potencias universales en otras tantas concepciones del genio hispano, y que, por tanto, siguiéndole en tan profunda y original interpretación, podamos decir al mundo que ninguna otra nación ha gozado del poder creador de dar corporeidad a estos valores eternos, ¿no revela en Maeztu, además de un profundo sentido humanista, su aguda y penetrante visión de la literatura nacional en uno de sus aspectos más originales y atractivos? Páginas bellas, muy bellas, son las de este libro, cuya acotación y comentario me llevaría más lejos de mi propósito, que no es otro sino mostraros, a grandes rasgos, la formación de una personalidad espiritual; mas, al llegar a ellas, todos convendréis conmigo que el escritor que las ha trazado, en plena madurez de su talento, está cerca, muy cerca ya, de la posesión de la verdad. Mientras la alcanza, Maeztu prosigue su noble magisterio desde las columnas de los más afamados rotativos de España y América, dando fe, día tras día, de su actividad periodística con la publicación de centenares de artículos, que, unidos a los de etapas anteriores, suman una cifra imponente (¿cuántos? ¿diez mil? ¿once mil? acaso él mismo no lo sepa); pero sin manchar ja-

más su pluma, sin torcer su rectitud ética; muy al contrario, con aquel afán de dar en ellos lo mejor y más acendrado de su espíritu, henchido de aquella grave sinceridad y deseo generoso del mejoramiento anímico ajeno, del bien de los demás, que es una de las prendas más hermosas de su carácter moral y de su obra literaria.

Por ello, al recibirle la Academia de Ciencias Morales y Políticas, a la que pertenece como individuo de número desde 1932, pudo decir de él con entera justicia el Conde de Lizárraga, después de invocar su intensa vida periodística, que tantos triunfos le había conquistado, entre ellos el más codiciable de todos, la concesión del Premio Luca de Tena: «El periodista es ya maestro; merece el nombre de pensador y adquiere plena conciencia de las responsabilidades que contrae, cuando, desde las altas tribunas de un órgano de publicidad de amplia difusión, expone sus ideas y se convierte en guía y faro de muchas almas. Quien de esta suerte persevera en labor tan ardua y muchas veces ingrata, presta a la sociedad un valioso servicio».

Todavía le quedaba el mejor y más glorioso para él. Hay un refrán castellano que parece la semblanza biográfica de Maeztu: «tres cosas hacen al hombre sabio —dice nuestra filosofía popular—: letras, edad y camino». Maeztu ha leído mucho, ha vivido más y viajado por casi toda Europa. Pero faltábale que su destino le pusiera frente a frente, allende los mares, con la obra más grande y gigantesca de la civilización hispana,

con los que nuestros mayores apellidaban «*los reinos de América*» (nunca los llamaron *colonias*), para que con su contemplación personal y directa llegue a la suprema y definitiva inteligencia del alma española. Sus deberes políticos —y digo *deberes* porque antes de aceptar la Embajada de nuestro país en Buenos Aires resistese cuanto puede—, llévanle a América meridional. Ya no serán las nieblas británicas, ni las trincheras de Flandes, ni las selvas alemanas, el alimento de sus ojos escrutadores, ávidos de leer en ella la huella de los siglos; ya pisa, al fin, tierra que ha sido nacional, ibérica, fertilizada por la sangre y santificada por los huesos de misioneros y conquistadores. Suprema lección para su espíritu, más fecunda y elocuente que la lectura de bibliotecas enteras; porque todo, todo en aquellas remotas regiones le hablará de su patria, le descorrerá el velo de sus vacilaciones y dudas ideológicas, dándole la razón de ser de España, aquella razón, aquella clave tan dolorosa e infatigablemente buscada a través de su carrera. Preocupaciones, anhelos, angustias torturantes de la juventud, ¡cuán lógicos y reales erais! ¿Cabe decir a una raza que confirió la suprema dignidad humana —religión, libertad y cultura— a millones de seres embrutecidos o salvajes, diseminados hoy por todas las partes del mundo, «acabó tu historia, ya nada te queda por hacer, cierra con triple llave los sepulcros de tus grandes héroes, de tus geniales políticos, de tus fabulosos conquistadores para que no sientan la locura de levantarse otra vez de ellos, recógete a llorar tu mísera deca-

dencia, a arrastrar una vida inerte, vegetativa, al margen de la humanidad creadora, porque tu hora ya pasó; para que por todo objetivo, como ideal supremo, te queden tal sólo las funciones fisiológicas de la bestia?»
¿Verdad que eso, o algo muy parecido en el fondo, que a menudo escuchamos, no puede decirse jamás a una nación? ¿Verdad que la noble ambición de combatir contra ese letal y estúpido derrotismo justifica toda una existencia como la de Maeztu?

Estamos, pues, inmediatos al fin, tocando aquella meta que, sin sospecharlo siquiera, se había propuesto su espíritu cuarenta años antes en pleno hervor de juventud. Como desde las cumbres bíblicas del Monte Nebo en las montañas de Abarim, sus ojos, inundados ya de luz, podrán otear la gloria, la opulencia de las llanuras de Canaán. Más feliz que el caudillo de Israel, habrá de descender de aquéllas para gustar los frutos ópimos de la tierra de promisión. Tierra espiritual, bendita, prometida también para quienes tras una peregrinación ideológica como la de Maeztu, la buscan como él, con limpieza de alma, con sinceridad de corazón. Sus regalados frutos henchirán el más hermoso de sus libros, la consagración de la verdad hallada, que al fin triunfa y palpita en su *Defensa de la Hispanidad* (1934). Nada importa que la voz simbólica, el felicísimo neologismo no sea invención suya; él noblemente lo confiesa; también el Libro sagrado refiere que no fué Josué quien entró primero en la codiciada ciudad de Jericó, sino los mensajeros enviados por él en descubierta; pero

luego, la batalla espiritual que libra Maeztu bajo el signo de esta hermosa palabra, será suya, exclusivamente suya. Toda la honda sustancia que entraña la voz *hispanidad* entrará ya en el caudal circulatorio del idioma, gracias a este magnífico libro de Maeztu. Porque hispanidad es la esencia, perfume y núcleo de los más puros y sublimes valores de nuestra raza que han dado un sentido singular, recio y distinto a la historia del mundo. Glosando una frase de Donoso Cortés, podríamos afirmar que la hispanidad creó todo un sistema de civilización. Pasaron, por desdicha, sus formas políticas y triunfantes, poderío mundial, glorias militares, continentes enteros sujetos a nuestro mando; pero no se extinguió del todo: queda aún el germen vivo, la íntima y última sustancia, fecunda y genética; esa primera forma de hispanidad es toda nuestra esperanza; si alguna vez España vuelve a imperar en el mundo, a colaborar genial y fecundamente en la obra de la civilización, habrá de serlo gracias a la hispanidad. La hispanidad es una idea clara, pura, sobria, noble y activa, como lo es el carácter, el alma española de donde mana. Cree... y obra. Piensa... y se sacrifica en la acción. De ahí su otra faceta, que es también su segunda acepción. Al conjuro de la voz *hispanidad* convocamos y reunimos idealmente a todos los pueblos, a todas las naciones de la tierra que deben a España su vida civilizada, su espíritu nacional, su personalidad propia, que en un futuro posible habrán de congregarse para realizar una obra común, noble y generosa, afirmando aquel concepto de la uni-

versalidad, de totalidad humana, que era la suprema y admirable distintiva de todas las empresas de España en su siglo de oro. Libro animoso, sugeridor, pletórico en ideas, breviario de patriotismo, lección insustituible para nuestra juventud, singularmente para la americana, entre la cual ha alcanzado un éxito resonante.

«Yo soy tan de veras español...», exclamaba Lope de Vega en el Prólogo de sus *Rimas*. Maeztu podría repetir la misma afirmación. El hermoso discurso que acabáis de escuchar pruébalo cumplidamente. Puesto, en efecto, a elegir tema, su íntimo españolismo le dicta uno de los más fecundos y tratados de aquel siglo. No hay poeta de antaño que no glose alguna vez la idea de la muerte, extraña paradoja en una época en que precisamente la vida adquiere sus formas más dinámicas y pujantes. Juntas conviven las dos sin repugnarse, como un mar embravecido que sabe que su destino le llevará siempre a estrellarse contra el rocoso acantilado donde sus olas mueren. Acaso porque la vida se tiene entonces tan en poco, es la muerte tan admitida y familiar. No infunde pavor ni sobrecoge; se habla de ella como de una amiga común, e inspira todas las artes; campea en las portadas de los libros donde se recopilan las poesías a ella consagradas; píntanse sus atributos en los cuadros que adornan las paredes caseras, y hasta la misma mujer, joven y bella, cuelga sin miedo de sus collares y ajorcas, lindas y menudas calaveras talladas en oro, cristal o azabache, que llama, con su mismo nombre,

muertes. Alrededor suyo, ya lo habéis visto, brotan infinidad de composiciones singularmente a ella dedicadas, y en su larga corriente todavía se remansa, creando géneros especiales como el epitafio, el epicedio y especialmente la elegía. Frutos espirituales, suyos también, son sus consagraciones plásticas, monumentos funerarios, obeliscos y túmulos, artísticos y grandiosos, que tanto antaño se prodigan, y que más que en honra del personaje que rememoran parecen arcos de gloria erigidos en su triunfo. Con la idea de la muerte se conjuga la brevedad del tiempo, *ejecutivo cobrador suyo*, como Quevedo lo llamaba; pocas literaturas podrán presentar tantas y tan preciosas paráfrasis del *Collige virgo rosas*, de Ausonio, como la nuestra; la brevedad de la vida, la fugacidad del placer, la inestabilidad de las cosas, el *sic transit*, en fin, fatal e ineludible son flores cárdenas, pero bellísimas, del jardín sombrío de la muerte. El delicado poeta antequerano, Luis Martín de la Plaza, la defenderá en un hermosísimo soneto:

¿Qué temes al morir? ¿Por qué procura,
Hombre, tu afecto vida tan ajena
De propios bienes y de males llena,
Tan bien guardada como mal segura?

Quevedo la llamará con vivo y ardiente apóstrofe:

¡Ven ya, miedo de fuertes y de sabios!
Huya el cuerpo indignado con gemido
Debajo de las sombras, y el olvido
Beberán por demás mis secos labios.

Y tanto se piensa en ella, tan poderoso es su influjo, que a veces nuestra doctrina senequista, refugio estoico de tantos y tan eminentes varones de entonces, que es desprecio de las cosas humanas, pero afirmación enérgica a la vez del propio vivir, se extrema y adelgaza hasta caer en el más desolador nihilismo, en la negación absoluta de toda realidad. Permitidme, en prueba de ello, que al hermoso ramillete de poesía que os ha regalado esta tarde el nuevo académico, junte una flor más: un soneto anónimo, inédito a lo que creo, vigorosamente trazado dentro de su patente filiación conceptista; en él hasta la misma muerte perece y se agota, falta de sujeto a quien aniquilar. Dice así:

AL IMPERCEPTIBLE INSTANTE DEL VIVIR

Es de la vida el *Ser* punto sin centro,
Pues la línea veloz en que consiste
Parte de un punto que sin parte existe,
Siendo del *Es* el *Fué* fatal encuentro.

Sin *Ser* presente en *Ser* futuro entro,
Y en ambos tiempos lo pasado asiste,
Pues el *Será*, cuando *Es*, ya *Fué* ¡Oh *Ser* triste!
Pues fuera de tu *Ser* tu *Ser* encuentro.

No tienes otro *Ser* que el que te dieres,
Y pues Dios en tu mano le traslada
Tu *Ser* has de deber a lo que fueres;

Mira el punto en que está la vida amada:
Piensa lo que has de ser, pues lo que eres
Es un *es*, que no *es*, y si *es*, es *nada* (1).

(1) Biblioteca Nacional: *Mss: Poesías varias*: ms. núm. 3889; tomo VI, folio 118 v.

Pero... noto que me voy enfrascando en el tema, tan acabadamente tratado por el señor Maeztu, contra mi intención y mi criterio, pues siempre he creído que estas solemnidades se celebran enteramente para el recipiendario, y no se ha de invadir el campo que acotó con comentarios o apostillas, que, si son muchas, pueden tomarse a lección, y si pocas, parecer penuria e ignorancia de quien las traza. Tiempo vendrá en que haya de utilizar los abundantes materiales allegados por mí para una historia de la Elegía como uno de los seis poemas menores de la literatura castellana, materiales que esperan dormidos en su legajillo la hora propicia.

Bien venido sea, pues, don Ramiro de Maeztu a este hidalgo hogar del habla castellana, y quiera Dios concederle muchos años de labor fecunda en él, como nos prometemos todos, conocedores de su talento y actividad. Y cuando en nuestras juntas ordinarias, en aquella tan grata tarea de incorporar a nuestro Diccionario cuantas palabras nuevas se acercan a sus páginas merecedoras de ello, las escuche de labios de nuestro lector de cédulas e insigne compañero don Miguel Asín, tengo por seguro que muchas veces habrá de sentir una emoción extraña y singular, porque todas ellas le parecerán como brotes y renuevos de la hispanidad, eternamente fértil, y una por una; al albergarse en su memoria, encenderán una lengua de fuego, una llama sutil, afilada y breve, que caldee en su espíritu la porción más noble de él, la que ha inspirado toda su hermosa obra literaria y le ha traído a esta casa: su amor a España.

